

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Volumen II Las ideas como creencias

La mente del Renacimiento

Reforma y Contrarreforma

La edad de la razón:
la matemática como salvación

La Ilustración

Ediciones Orbis, S.A.

Spinoza, la filosofía de la libertad



EL RETO DEL ESCEPTICISMO

La filosofía moderna está toda ella atravesada por el reto cartesiano, que podemos formular así: enfrentar el poder del pensamiento para poder poseer la evidencia de una representación con el poder del mismo pensamiento para dudar y sospechar de toda representación.

Este reto puede verse como un juego, un obstáculo que el espíritu se pone a sí mismo para probarse; pero también puede explicarse como algo necesario, dado que la cultura filosófica moderna no surge inmediatamente de las ruinas de la versión escolástica del aristotelismo, o de las corrientes animistas,

Sobre estas líneas, Vista de la escuela ilustrada de Amsterdam, en un grabado anónimo. En el recuadro superior, retrato de Benedictus (o Baruch) de Spinoza (o Espinosa, si tenemos en cuenta el origen ibérico de su apellido; después de todo, el propio filósofo firmó en alguna ocasión como Despinosa). Bajo su efigie, los pretendidos insultos de «judío y ateo».

naturalistas y neoplatónicas del Renacimiento, sino mediatizada por un extenso periodo de hegemonía escéptica. Como si lo “nuevo”, para brillar, hubiera necesitado el baño purificador del escepticismo, con la correspondiente pérdida de la ingenuidad.

La duda, compañera de viaje del conocimiento

De la mano de teólogos y filósofos con frecuencia ligados a las distintas corrientes de las Iglesias de la Reforma, el escepticismo se convirtió en el lugar filosófico de paso obligado, fuese para instalarse en él, sirviendo desde el mismo a causas muy diversas,



Pinacoteca Nacional, Bolonia (Fot. Salmes) *

Los avaros, del pintor holandés Roemerswaelen. Holanda goza entonces de prosperidad económica.

Se producen tejidos en Leyden, Haarlem, Utrecht y porcelanas en Delft. Se tallan diamantes en

Amsterdam. Se transforman los productos coloniales. Se presta dinero a los reyes de toda Europa...

fuese para combatirlo como la gran amenaza para la nueva ciencia o la vieja religión. De la mano de los Charron, Sánchez, Montaigne, Bayle... las *Hypotiposes de Sexto Empírico* fueron traducidas, comentadas, sus argumentos repetidos y renovados, llenando así el espacio filosófico, con lo que parece razonable afirmar que Descartes no tuvo más remedio que lanzar su reto; desde ahora la filosofía, si quiere conseguir credibilidad, debe vencer su propia pasión escéptica.

En otras palabras: hay que admitir que la duda, la potencia negativa de la razón, es una compañera de viaje del conocimiento, que éste es tal en cuanto es victoria sobre la duda, que la filosofía se legitima sólo en la medida en que la potencia de conocer del espíritu vence a la potencia de dudar del mismo, poniendo ambas al máximo rendimiento, es decir, sin trampas ni salidas marginales.

La respuesta de Spinoza al reto cartesiano

El reto cartesiano se convertiría en un juego peligroso, como la historia revelaría. La ingenua fe de Descartes en la victoria no podía ser compartida por Spinoza, quien, en la "exposición" de los *Principios de la filosofía de René Descartes* (1663), deja ver su sospecha respecto al cogito cartesiano. Descartes había vencido al escepticismo... imaginariamente, silenciando la voz de uno de los personajes, pero Spinoza recoge la sospecha de circularidad en el argumento que estaba en el ambiente [véase el texto n.º 1].

Nuestro autor, pues, ha dado un primer paso: hay verdades evidentes y su evidencia no depende de la victoria en un juego dialéctico. La filosofía se estrella en el obstáculo escéptico porque acepta las reglas del juego de éste, con lo cual se condena a su enredo. El éxito del escepticismo se basa en que ha logrado que la filosofía crea que su legitimidad depende de su capacidad para encontrar o para formular un criterio de evidencia, una especie de aparato cuya aplicación a las proposiciones o a las ideas bastara para determinar inequívocamente cuáles son las verdaderas y cuáles las falsas. Algo así como encontrar la marca de lo verdadero, de modo que el conocimiento se convirtiera en una tarea de identificación.

Los tres modos de percepción del entendimiento

El desvelamiento de esta trampa y la pertinente alternativa pensaba ofrecérselos Spinoza en su Tratado de la reforma del entendimiento, que comenzó a escribir por aquellas mismas fechas, en su retiro de Rijnsburg, a partir de 1660, y que lamentablemente —aunque tal vez justificadamente— dejó inacabado. Se trata de «reformular el entendimiento», es decir, «volverlo apto para conocer las cosas como es necesario para alcanzar nuestro objetivo». Dejemos el objetivo para comentarlo después; de momento resaltemos que se descarta el reto cartesiano, se desecha como tarea filosófica la de demostrar la posibilidad de la evidencia. Por el contrario, se da como un hecho la suficiencia del entendimiento y se parte de sus modos de percepción:

- conocimientos de vida, de experiencia;
- deducción no adecuada y
- percepción de la esencia por sí mismo. [V. texto 2.]

Más tarde, en la Ética, mantendrá esta clasificación en sus rasgos generales. Todos los conocimientos de oídas, experiencias, memorias, opiniones, etc., los considerará como de primer género, cubriendo el campo de la imaginación. El segundo género lo constituye el entendimiento, y es el pensamiento discursivo, por causas, que en sí es claro y distinto. El tercer género es el intuitivo, o conocimiento desde la causa, que a la claridad y distinción añade la adecuación, es decir, el punto de vista de la totalidad, desde el cual aparece la causa remota, no sólo las próximas. La verdad de una idea no es una característica interna, sino el efecto del orden global de la representación: una idea es adecuada si ocupa su lugar en una cadena deductiva, si se ve el sistema de relaciones que le une a las demás, incluso a las más remotas. El tercer género no sólo nos da la idea clara y distinta, sino también la idea verdadera, al dárnosla en su necesidad.

El pensamiento, desenredado

Pero, además, este tercer género es la alternativa a la trampa escéptica, cambiando la manera sofisticada de plantear el problema del método. Ahora ya no se puede añadir, a la pregunta por el método verdadero para conseguir la verdad, la pregunta por el



Städisches Kunstinstitut, Frankfurt (Fot. Ornoez)

método para conseguir aquel método verdadero, y así al infinito. La vida práctica denuncia la falacia, pues si para forjar el hierro se necesita un martillo, y para producir éste se necesita otro martillo... ¿qué concluir? ¿Que los hombres no forjan el hierro porque el pensamiento no puede pensarlo? ¿O que es evidente la forja y hay que sacar el pensamiento de su enredo?

El error en que cayó Descartes fue éste: creer que, para poder afirmar "yo sé", tenía que hacerlo desde el "yo sé que sé". Es decir, necesitaba identificar la proposición "yo sé" o "yo pienso", con lo cual necesitaba buscar una marca, un criterio de evidencia. [Véase texto 3.]

El geógrafo, en un cuadro del holandés Vermeer del año 1669. Holanda fundó la Compañía de las Indias Orientales en 1602 y la Compañía de las Indias Occidentales en 1621. Se ha instalado en América del Norte, donde funda Nueva Amsterdam (futura Nueva York), y del Sur (Antillas y Surinam, junto a Brasil). Cuando Spinoza piense en un salvaje... será un salvaje de Brasil.

UNA ÉTICA PARA LA LIBERTAD

Descubierto ahora que la idea es previa a la idea de la idea, al método, éste no puede consistir en una tarea de identificación de las representaciones verdaderas y falsas, sino en una manera de relacionarse el espíritu con sus representaciones. El método consiste en el propio movimiento del espíritu, que ordena sus representaciones, que en esta ordenación logra ideas más adecuadas, que a medida que avanza «adquiere nuevos instrumentos que le permiten continuar con más facilidad...».

La idea verdadera, pues, está al final; la adecuación es una propiedad progresiva de lo confuso y parcial a lo claro y total. La verdad es el orden que el espíritu va consiguiendo progresivamente.

Spinoza da así un giro importante a la comprensión del quehacer filosófico. El filósofo no se sitúa ya en el reino de lo finito, buscando desesperado una verdad, librando una batalla constante contra la sospecha, o el riesgo de error, el peligro de la ilusión... Su tarea deja de ser fundamentalmente epistemológica y legitimadora; su actitud deja de ser la de un filósofo, un amante insatisfecho de la sabiduría, para reconocerse, sin falsos complejos, como sofós, es decir, como poseedor de la sabiduría.

Libertad y felicidad, objetivos cotidianos

La Ética es el texto en que Spinoza nos muestra que es posible ese salto. La Ética es la obra que nos enseña la posibilidad del acceso a la libertad y a la alegría. Y este fin práctico es el objetivo de la filosofía anunciado en el Tratado de la reforma del entendimiento al que aludíamos antes. Pues esta obra no se abre con una declaración de la abundancia de la ignorancia y el error que justificara la búsqueda de un nuevo camino de verdad; sino manifestando la escasez de felicidad y la indigencia de ésta en los objetivos cotidianos, lo que inducía a la pregunta sobre la posibilidad de una vida nueva con una felicidad más estable. Y así, reflexionando sobre posibles valores, sobre estrategias prácticas, sobre la posibilidad o no de un bien estable, de una felicidad completa (beatitudo), Spinoza tomó conciencia: «Al menos durante el tiempo en que mi espíritu ha estado ocupado en estos pensamientos, se apartaba



(Fot. Archivo Orbis)

Arriba, página de las Opera posthuma de Spinoza con la que comenzaba la Ethica, su obra más importante. Spinoza ya había intentado publicarla en 1657, pero desistió por los comentarios que empezaba a levantar. La obra no apareció hasta finales de 1677 (cuando ya hacía varios meses que había muerto Spinoza), incluida en el volumen de Opera posthuma junto con el Tratado político, el Tratado sobre la reforma del entendimiento, varias Cartas al autor con las respuestas de éste y un Compendio de gramática hebrea. En vida de Spinoza sólo se publicaron dos obras suyas: los Principios de la filosofía cartesiana (1663) y el Tratado teológico-político (1670), y ésta bajo pseudónimo. La Ethica estaba dividida «en cinco partes distintas, en las que se trata: I. De Dios. II. De la naturaleza y origen de la mente. III. Del origen y naturaleza de los afectos. IV. La servidumbre humana o la fuerza de los afectos. V. Poder del entendimiento o de la libertad humana».



Museo del Louvre, París (Fot. Zardoya Press)

de las cosas perezaderas y pensaba seriamente en la instauración de una vida nueva; tal cosa me produjo una gran consolación...»

La filosofía podía ser una consolación. Y lo sería plenamente si el espíritu perdiera el miedo a saber, si abandonara la trampa de la duda corrosiva, si recobrara su confianza en sí mismo y reconociera «su naturaleza superior», o sea, ese punto de vista que da la conciencia de «la unión del alma pensante con la naturaleza entera».

La consolación de la filosofía: saber que se sabe

Spinoza ha intuido que la beatitudo, la máxima felicidad, es el amor a Dios; pero sólo se puede amar el orden. El desorden, el caos, lo contradicto-



Biblioteca de Catalunya, Barcelona (Fot. Aisa)



A la izquierda, Estudio meditabundo, de Rembrandt. Encerrado en su mundo, Spinoza (que, según la tradición, posó de modelo del compatriota y coetáneo Rembrandt para el David del cuadro Saúl y David) llegó a renunciar a la cátedra de filosofía que le proponía la Universidad de Heidelberg porque «yo no he estado tentado jamás por enseñar en público y además ignoro en qué límites mi libertad de filosofar debería estar contenida para que no parezca que quiero perturbar la religión establecida».

Sobre estas líneas, página de la Geometría de Euclides. La Ética de Spinoza tenía añadido al título: «ordine geometrico demonstrata» («demostrada según el orden geométrico»), tomando de modelo expositivo la obra de Euclides: a base de axiomas, definiciones, teoremas, postulados, etc., y siguiendo una rigurosa lógica deductiva. Parece como si quisiera probarnos que lo que dice no sólo es verdad, sino "la" verdad. «No presumo de haber hallado la mejor de todas las filosofías, pero sí sé que conozco la verdadera.»

dad de la sustancia, que reduce al hombre a sistema de modos de la misma, pueda decirse al servicio de la libertad. Pero él lo entendía así. Más aún, creía que una de las tareas de la nueva filosofía consistía en acabar con la falsa conciencia del hombre como sujeto con voluntad libre. El finalismo, el antropocentrismo, de los que derivaban falsas representaciones de la naturaleza y la sociedad, tenían su base en esa gran ilusión del hombre, que se veía a sí mismo sujeto libre. Y de ahí derivaban la mayor parte de las pasiones. Y de estas pasiones, efectos de las ideas inadecuadas, derivaban los conflictos sociales, los males de la humanidad. [Véase texto n.º 4.]

Dios o la Naturaleza

Spinoza parte de Dios, de la totalidad, como única sustancia. Esta sustancia, Dios o Naturaleza, es un principio productivo infinito, es vida (natura naturans) y engendra desde sí y en sí y por sí todas las cosas (natura naturata). Se expresa en infinitos atributos, de los cuales el hombre conoce dos: el mundo de la extensión y el de las ideas. Pero son expresiones de una misma realidad, como dos transcripciones idiomáticas de un mismo mensaje. Nada sale de ella, todo es en Dios, todo lo finito es modo de lo infinito y éste cumple su ley inexorablemente. Sólo el todo es libre, porque nada hay fuera de él que lo coaccione. Internamente sigue su ley inexorable, la más rigurosa necesidad: su razón.

Filosofía de la libertad

La ficción que se denuncia es la de aquellas filosofías que atribuyen libertad y voluntad a las cosas finitas, y al hombre en particular. Y se hace con un fin práctico, pues Spinoza cree que, si viéramos a los otros hombres, sus ideas, sentimientos, pasiones, acciones, no como pertenecientes a un sujeto libre, no como cosas voluntarias, sino como afectos, es decir, como algo sufrido por ellos, entonces en lugar de verlos culpables, en lugar de juzgarlos, los comprenderíamos. Y la comprensión de la necesidad de algo, lo hemos dicho, es una vía de consolación, pues transforma el odio en piedad. La Ética es una llamada en ese sentido: las pasiones humanas, que generan el fanatismo, las guerras, los odios... co-

rio, lo inexplicable... produce intranquilidad, desasosiego. La comprensión, la explicación, el descubrimiento de la causa o de la ley, aunque sea del dolor, es ya una vía de consuelo. El pensamiento, pues, tiende al orden, ama el orden. Y la comprensión global, de la totalidad, es el máximo amor, produce la máxima alegría. Por ello, la Ética expresa una filosofía de la totalidad: en ella, el entendimiento ha superado el punto de vista parcial, el lugar de la ilusión, para acceder a la visión del todo. Y, así, ha pasado del lugar de la pasión al de la serenidad, de la inquietud insatisfecha a la serena paz de quien sabe que sabe.

Con lo cual, la Ética no es sólo una filosofía más, sino una nueva conciencia de sí de la filosofía. Spinoza la escribió al servicio de la libertad, y más de una vez ha sorprendido que una filosofía de la uni-



Stedelijk Museum, Amsterdam (Fot. Oronoz)

responden a ideas inadecuadas, a representaciones ilusorias por parciales; desde el punto de vista de la totalidad, sub specie aeternitatis, el filósofo comprende el orden del mundo, su necesidad, contribuyendo así a vaciar sus pasiones y disfrutando de la paz de su ausencia. Así pues, filosofía de la libertad, porque ésta se entiende no como liberación de la necesidad, sino como liberación de la pasión. Comprender la necesidad interna de la Naturaleza es comprender su razón, su no arbitrariedad, su ley; y ello es liberarse de la ficción, de la falsa conciencia de las voluntades finitas libres.

Conservado en Amsterdam, este cuadro de ese gran pintor judío moderno que es Chagall, y que muestra a un rabino con los rollos de la Torá en un brazo y las filacterias en el otro, no deja de evocarnos, a pesar del paso de los siglos, el mundo judío holandés, que vivió y que sufrió Spinoza. Un mundo rígido donde Spinoza supo ser libre.

ENTRE LA TEOLOGÍA Y LA POLÍTICA

El «doble lenguaje» de la Biblia

Al servicio de la libertad está también su Tratado teológico-político, publicado por Spinoza anónimo, y con falso pie de imprenta, aunque no logró evitar que sospecharan de su autoría. Efectivamente, Spinoza consideraba que servía a la libertad de pensamiento su teoría del «doble lenguaje» de los textos bíblicos, con la que perseguía repartir el campo del saber entre las dos autoridades en litigio: la razón y la revelación. Había que conseguir que la Iglesia, que se declaraba la intérprete de los libros sagrados, aceptara que su autoridad sólo es legítima en lo espiritual, no en la naturaleza, campo de la razón.

El problema nacía de que en los textos bíblicos, como el Génesis, se hablaba de la naturaleza, como en aquel famoso pasaje en que Josué decretaba la inmovilidad de la Tierra. Spinoza, para obviar este problema, distinguirá entre el mensaje bíblico, eminentemente práctico, simple exhortación a la conducta ética, y el discurso literario en el que dicho mensaje se emitía. En este discurso, como en los cuentos morales, o las parábolas, se usan representaciones naturales imaginarias, a gusto del autor y de la época; pero nadie toma en serio esas cosas, como los animales hablando o las plantas protestando, sino que se atiende sólo a su mensaje moral, a su "moralaja". [Véase texto n.º 5.]

Revelación, religión, razón

Las Escrituras, pues, no aportan conocimiento teórico alguno, sólo práctico. El conocimiento teórico es privilegio de las ciencias, y aquí la autoridad es la razón. Ello no desautoriza la autenticidad de la Biblia, pues Dios, la totalidad, se revela de múltiples formas a la conciencia de los hombres. Es decir, al mensaje práctico de la totalidad se accede de múltiples formas:

- *hombres prudentes y virtuosos pueden acceder a esa conciencia ética de forma racional (revelación);*
- *la inmensa mayoría de los hombres sólo accede a ella mediante la creencia (religiones);*
- *pero hay una forma superior, la más perfecta: a través del conocimiento racional, accediendo a esa visión de totalidad por medio de la filosofía.*



Rijksmuseum, Amsterdam (Fot. Oronoz)

Base de la libertad: la sumisión del poder religioso al poder civil

También la parte política del Tractatus está al servicio de la libertad de pensamiento. Hoy puede parecer una extraña manera de defender la libertad de pensamiento la de Spinoza, que defiende la sumisión de la autoridad religiosa al poder civil. Pero Spinoza distinguía la esfera de la conciencia y la de la vida social práctica. El enemigo de la libertad de conciencia no es el poder externo, sino las pasiones, las ficciones, las ilusiones: y contra todo

The staal meesters (1649), por Rembrandt. El poder civil, según Spinoza, debe estar por encima del poder religioso. Se ha de respetar la libertad de conciencia, pero no la libertad de acción: aquélla es el dominio inviolable de la libertad, pero ésta está sometida necesariamente al pacto social, y éste lo garantiza el soberano.

ello lucha Spinoza. Así, en la introducción nos habla del miedo, que está en la base de las falsas representaciones de los hombres, que esclaviza su espíritu... [Véase texto n.º 6.]

Sentado el carácter inviolable de la libertad de pensar, que escapa al control del poder público, hay que reconocer que las ceremonias, los cultos, los rituales... ya no son simplemente hechos de conciencia, sino que irrumpen en la vida civil. Y aquí el Estado tiene poder legítimo sobre todo lo que ocurre, pues a él corresponde garantizar la paz y el equilibrio de la totalidad social.

17. *Placaet van de Heeren Staten van Holland ende West-Vrielandt, tegens het Boeck geintituleert B. D. Spinoza Opera Posthuma. In daer den vyf-entwintighsten Junij 1678.*

DE Staten van Hollandt ende West-Vrielandt, Allen den genen die desen sullen sien ofte hooren lesen, Salut. *Doen te weten:* Dat tot Onse kennisse gekomen is, dat secker Boeck, geintituleert *B. D. S. Opera Posthuma*, ende dat Wy bevonden hebben, dat het voorschreve Boeck behelst teer vele prophane blasphemie, ende Ateistishe stellingen, daer door niet alleen den eenvoudigen Leser van de tenige en waerachtige wegh der Saligheyt soude konnen werden afgeleyd, maer oock de Leere van de Mensch-werdinge ende Opstandinge Christi, ende sulcks vericheyde seer essentiele Articulen van het Algemeyne Christelijcke Geloof werden ghelabelacteer, ende voorts by den Autheur wegh-gemmen ende gevilpendeert de autoriteyt van de Miraculen, daer mede God'Almachtigh sijn Mogent-

heyt ende Goddelijcke kracht, tot versterckinghe van het Christelijck Geloof heeft willen beruygen, trachtende den Leser in te scherpen, dat de waerheyt van de Goddelijcke revelatie, door de wijsheyt van de Leere selfs, ende niet door Miraculen (die hy de name geeft van ignorantie, en een Fonteyn van malitie) moet werden bevestigt, ende dat men het gelooove ende het oordeel over de Miraculen moet suspenderen, soo wanneer men de selve door natuyrljcke oorsaeken niet kan ontdecken, presuppouerende, dat de Menschen in de kenisse van de natuyr niet diep genoegh konnende indringen, daerom alleen sommige gheschiede sacken, haer als Miraculen schenen voor te komen; Ende dat den Autheur om alle de voorzij heterodoxe en Goddeloose stellingen staende te houden, sich bedient heeft van veele ende vericheyde reden-kavelingen,

(Fot. Archivo Orbis)

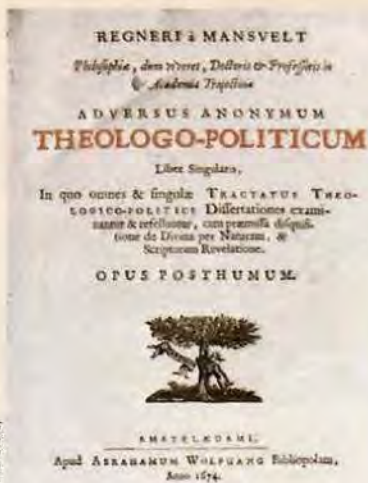
ENTRE EL ODI
Y LA VENERACIÓN

En fin, después de Spinoza las cosas no serían igual para la filosofía. Spinoza se atrevió a pensar a Dios; elevó la mente humana a la más alta consideración, igualándola potencialmente al entendimiento divino, declarándola modo del entendimiento divino; prometió la felicidad al final del recorrido filosófico; ayudó a que los hombres salieran de su encantamiento... Tal vez por eso su filosofía no provocó lo que parecía ser su promesa: la serenidad. Al contrario, siempre levantó pasiones. Desde el jerm con el que lo lanzaron fuera de la comunidad judía («Excomulgamos, maldecimos y separamos a Baruch de Spinoza, con el consentimiento de Dios bendito y con el de toda esta comunidad; delante de estos libros de la Ley, que contienen trescientos trece preceptos; la excomuni3n que Josué lanzó sobre Jericó, la maldici3n que Elías profirió contra los niños y todas las maldiciones escritas en el libro de la Ley»), que a su vez está siempre fuera, en los márgenes del Estado donde se asienta, hasta el epitafio que le dedicó Tuinman:

«Aquí yace Spinoza. Escupid sobre su tumba. ¡Si estuviera aquí enterrada su doctrina! Así su hedor no produciría pestilencia [en las almas.]»

La pasi3n en forma de terrible ira ha poseído a sus detractores. Y, simultáneamente, también la pasi3n, aunque en forma de poesia, ha inspirado a sus veneradores:

«Bruma de oro, el occidente alumbra la ventana. El asiduo manuscrito aguarda, ya cargado de infinito. Alguien construye a Dios en la penumbra. Un hombre engendra a Dios. Es un juicio de tristes ojos y de piel cetrina; lo lleva el tiempo como lleva el río una hoja en el agua que declina. No importa. El hechicero insiste y labra a Dios con geometría delicada; desde su enfermedad, desde su nada, sigue erigiendo a Dios con la palabra. El más pródigo amor le fue otorgado, el amor que no espera ser amado.»



(Fot. Archivo Orbis)



(Fot. Archivo Orbis)

Arriba, la condena de los libros de Spinoza incluidos en el volumen Opera posthuma (que tenía, entre otros, la primera edición de la Ética y que había sido publicado en 1670), en junio de 1678. Debajo, dos de las primeras refutaciones publicadas contra el Tractatus theologico-politicus

(que había aparecido como de autor anónimo en 1670): la primera fue editada en Amsterdam y la segunda en Leyden, ambas en 1674. Las doctrinas político-religiosas de Spinoza fueron violentamente combatidas ya desde antes de su muerte, llamándole ateo, impio, judío, etc. «Aparte las críticas de

Bayle, Spinoza fue atacado por Leibniz y por los cartesianos... hasta que, con la polémica despertada por la obra de Jacobi... y con el auge del romanticismo alemán, volvió a ser estimada y ensalzada su figura entre otros por Goethe, Herder, Schelling, Hegel y Schleiermacher.» (Ferrater.)

TEXTOS DE SPINOZA



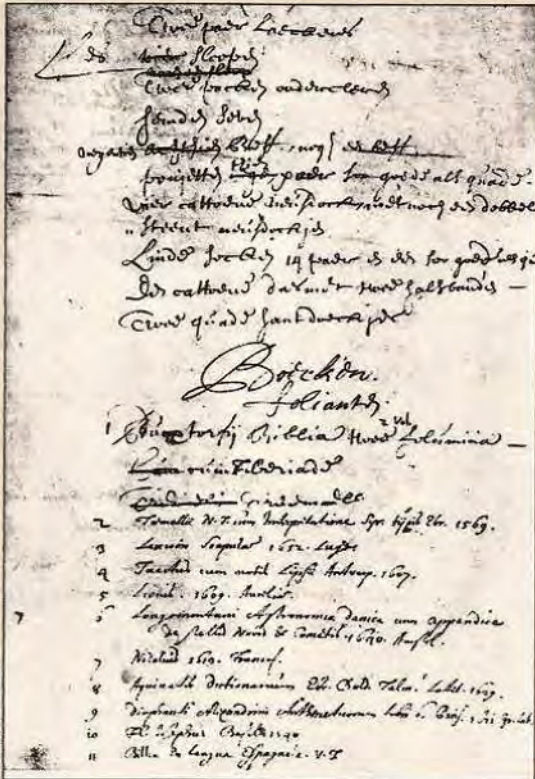
Museo del Prado, Madrid (Fot. Aisa)

1. La duda y la certeza

«Sentado cuanto acabo de decir, respondo a la objeción en cuestión: no podemos tener certeza de nada, no sólo en tanto ignoremos la existencia de Dios (porque no he hablado de esto en absoluto), sino en tanto no tengamos de él una idea clara y distinta. Así pues, si alguno quiere argumentar contra mí, deberá decir: no podemos tener certeza de cosa alguna antes de tener una idea clara y distinta de Dios. Pero no podemos tener una idea clara

La rendición de Breda, cuadro pintado por Velázquez con motivo de la rendición de esta ciudad holandesa a las tropas españolas (1625). A pesar de las disputas políticas y religiosas, en Holanda había entonces un clima de tolerancia mayor que en otros países, por lo que sirvió de refugio a numerosos pensadores.

y distinta de Dios mientras ignoremos si el autor de nuestra naturaleza nos engaña o no. Así, no podemos tener certeza alguna mientras no sepamos si el autor de nuestra naturaleza nos engaña, etc. A lo que respondo que concedo la mayor pero niego la menor. Porque tenemos una idea clara y distinta del Triángulo, aunque sin saber si el autor de nuestra naturaleza nos engaña o no; y, dado que tenemos de Dios una tal idea, no podemos dudar ni de su existencia ni de ninguna verdad matemática.» (Principios de la filosofía de Descartes.)



Comienzo del inventario que se hizo de la biblioteca de Spinoza después de su muerte. En el n.º 1 figura una Biblia y en el n.º 11 una Biblia en lengua española (el portugués y el español eran sus lenguas familiares, y sólo más tarde aprendió latín y holandés). Entre sus lecturas españolas destacan el filósofo estoico latino Séneca, el judío medieval Maimónides y sus coetáneos Cervantes, Góngora, Quevedo... Tenía también libros de política (el De cive de Hobbes y el De imperio de Grocio), de ciencias (Euclides, Diofanto, Boyle, Huygens, Vieta, la Geometría de Descartes), de filosofía de la época (Leibniz, Descartes, etc.) y, por supuesto, libros judíos.

que el producto del primer término y del cuarto es igual al producto del segundo y del tercero. De todas maneras, no ven siempre adecuadamente la proporcionalidad de los números dados, y si la ven, no es en virtud de la proposición de Euclides, sino intuitivamente, sin hacer ninguna operación.» (Tratado de la reforma del entendimiento, § 16.)

3. Saber que se sabe que se sabe...

«Cada uno puede probar que, sabiendo qué es Pedro, sabe que lo sabe, e incluso sabe que sabe que lo sabe, etc. Se constata con ello que, para conocer la esencia de Pedro, no es necesario que el entendimiento conozca la idea misma de Pedro. Y, aún menos, la idea de la idea de Pedro; lo que equivale a decir que para saber no tengo necesidad de saber que sé, y mucho menos de saber que sé que sé... Al contrario, para saber que sé es necesario que primeramente sepa. Se sigue de aquí con evidencia que la certitud no es nada fuera de la esencia objetiva misma; es decir, que la manera como sentimos la esencia objetiva es la certitud... De donde resulta que el método no es otra cosa que el conocimiento reflexivo o la idea de la idea; y, puesto que no hay una idea de la idea si la idea no es dada primeramente, no habrá método si una idea no es dada con anterioridad. El buen método es aquel que muestra cómo debe ser dirigido el espíritu según la norma de la idea verdadera dada.» (Tratado de la reforma del entendimiento, § 27.)

4. El prejuicio originario: el antropocentrismo

«Todos los prejuicios que intento indicar aquí dependen de uno solo, a saber: el hecho de que los hombres supongan, comúnmente, que todas las cosas de la naturaleza actúan, al igual que ellos mismos, por razón de un fin, e incluso tienen por cierto que Dios mismo dirige todas las cosas hacia un cierto fin, pues dicen que Dios ha hecho todas las cosas con vistas al hombre, y ha creado al hombre para que le rinda culto. Consideraré, pues, este solo prejuicio, buscando, en primer lugar, la causa por la que le presta su asentimiento la mayoría, y por la que todos son tan propensos, naturalmente, a darle acogida. Después mostraré su falsedad y, finalmen-

2. Tres modos de saber

«Para ayudar a comprender cuanto precede, me serviré de un ejemplo único: Dados tres números, buscar un cuarto que sea al tercero lo que el segundo es al primero. Los comerciantes dirán que saben lo que hay que hacer para encontrar el cuarto número, porque aún no han olvidado el procedimiento que sin demostración han aprendido de sus maestros. Otros sacarán un principio universal a partir de la experiencia de casos singulares: ocurre que como el cuarto número es conocido en proporciones como 2, 4, 3, 6, y la experiencia muestra que dividiendo por el primero el producto del segundo por el tercero se obtiene como cuarto número el 6, obteniendo así por esta operación el mismo número que ya se sabía que era el cuarto proporcional pedido, concluyen de aquí que esta operación permite siempre encontrar el cuarto proporcional. Los matemáticos, apoyándose en la demostración de Euclides (proposición 19, Libro VII), saben que los números son proporcionales entre ellos, y concluyen

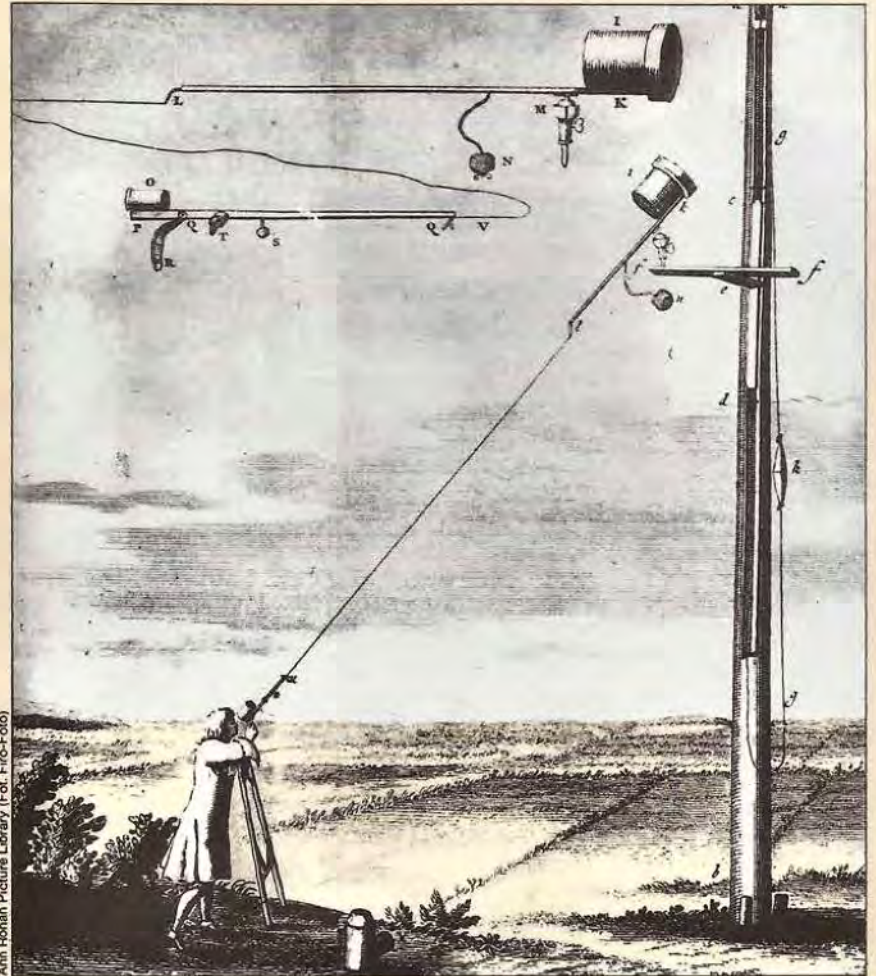
te, cómo han surgido de él los prejuicios acerca del bien y el mal, el mérito y el pecado, la alabanza y el vituperio, el orden y la confusión, la belleza y la fealdad, y otros de este género. Ahora bien: deducir todo ello a partir de la naturaleza del alma humana no es de este lugar. Aquí me bastará con tomar como fundamento lo que todos deben reconocer, a saber: que todos los hombres nacen ignorantes de las causas de las cosas, y que todos los hombres poseen apetito de buscar lo que les es útil, y de ello son conscientes. De ahí se sigue, primero, que los hombres se imaginan ser libres, puesto que son conscientes de sus voliciones y de su apetito, y ni soñando piensan en las causas que les disponen a apetecer y querer, porque las ignoran. Se sigue, segundo, que los hombres actúan siempre con vistas a un fin, a saber: con vistas a la utilidad que apetecen, de lo que resulta que sólo anhelan siempre saber las causas finales de las cosas que se llevan a cabo, y, una vez que se han enterado de ellas, se tranquilizan, pues ya no les queda motivo alguno de duda.» (Apéndice a la Parte I de la Ética.)

5. La Escritura y la razón, dos mundos distintos

«En cuanto a lo que se refiere a la Escritura en general, hemos demostrado ya anteriormente que su sentido debe determinarse por su sola historia y no por la historia universal de la naturaleza, la cual no tiene más fundamento que la filosofía, sin que deba detenernos el que si, después de haber investigado de este modo su verdadero sentido, encontramos que repugna a la razón en algo, pues cualquiera cosa que se encuentre de este género en la Biblia o que pueden ignorar los hombres, sin perjuicio de la caridad, sabemos de cierto que no toca a la teología ni a la palabra de Dios, y por consiguiente, que sobre ellas puede todo el mundo pensar lo que guste, sin pecado. Concluimos de aquí absolutamente que ni la Escritura ha de acomodarse a la razón, ni la razón a la Escritura.» (Tratado teológico-político, § 25.)

6. El miedo, causa de la superstición

«Si los hombres fuesen capaces de dirigir siempre su conducta por un deseo moderado y la fortu-



Ann Ronan Picture Library (Fot. Fico-Foto)

Telescopio refractor sin tubo, diseñado hacia 1650 por el científico holandés Christiaan Huygens, que fue el primero en dibujar "canales" en Marte y que sostuvo la naturaleza ondulatoria de la luz frente a la teoría corpuscular defendida por Newton. El telescopio, el microscopio, el refracción de la luz. Huygens y la teoría ondulatoria de la luz... Un pequeño país (Holanda) en sólo un siglo (el XVII) revoluciona una ciencia (la óptica). «El mundo es mi patria, y la ciencia mi religión», decía Huygens. Y Newton lo alabaría como «el matemático más elegante» de su época.

na se les apareciese siempre favorable, su alma estaría libre de toda superstición. Pero como a menudo se ven en tan miserable estado que no pueden tomar ninguna resolución racional: como flotan casi siempre entre la esperanza y el miedo, por bienes inciertos que no saben desear con medida, su espíritu se abre a la credulidad más extrema; vacila en la incertidumbre; el menor impulso le mueve en mil diversos sentidos, y las agitaciones del temor y de la esperanza se añaden a su inconsistencia. Observadle si no en circunstancias cambiadas; lo encontrareis confiado en el porvenir, lleno de jactancia y de orgullo...

»La causa verdadera de la superstición que la conserva y que la mantiene es, pues, el miedo...

»Podría citar otra infinidad de ejemplos que prueban del modo más claro que la superstición no entra en el corazón de los hombres sino con el miedo, y que todos estos objetos de falsa adoración no son sino fantasmas, hijos de un alma tímida que la tristeza arroja al delirio.» (Tratado teológico-político, prefacio § 1, 5 y 6.)

